

LA LEYENDA DE LOS TRES REYES MAGOS

No hay en la historia de la humanidad, una parábola más bella ni más ejemplar que la de los Tres Reyes Magos que fueron a adorar al Niño Jesús en Belén, noches después de su nacimiento, guiados por una estrella rútila y fúlgida.

Un Niño pobre y unos Reyes opulentos. ¡Es para volverse loco! ¿Qué Reyes, sabios, santos y magos, en nuestros tiempos irían a adorar a un niño concebido y nacido sin mancha en el paño de la pobreza?

Pero, el milagro se realiza, porque tal cosa es la Epifanía o la fiesta de la Adoración de los Santos Reyes que celebra el mundo católico. Y llegan, con sus cofres de oro que contienen las más hermosas pedrerías del Oriente. Y llegan, portando sándalo e incienso para perfumar el pesebre con su olor de santidad. ¿Cabe mayor simbolismo, mejor parábola de Aquel que siendo Dios dió su vida por la humanidad, para salvarla de sus pecados?

Ni el papá Nicolás de Rusia, ni el papá Noel de los países de Europa, ni el Santa Claus de los Estados Unidos de América, pueden parangonarse con estos Reyes Magos, cuya fiesta celebra el mundo católico este día, por su fabulosa opulencia y su olor de santidad.

Son Gaspar, Melchor y Baltazar, que se encaminan al pesebre de Belén. Cada cual tiene su reinado, pero montados en tradicionales camellos, los tres Reyes Magos van en busca del Niño Jesús. Cuenta la tradición que los guió en su peregrinación, una estrella rútila y brillante, de extraños esplendor

y movimiento, por el cielo de Oriente. El astro mágico y divino traza con su lácteo resplandor su trayectoria y les encamina a la misma puerta del pesebre de Belén: Y ante la mirada humilde de la Madre altísima y del esposo amantísimo, y la admiración de los pastores de Belén, abren sus cofres de oro para regalar al Niño Jesús sus regios presentes.

El Niño crece y llega a ser Hombre. Ayuda a José, su padre, en sus labores de carpintero. El Niño predica y asombra a los sabios. El Hombre multiplica los peces y los panes. Dice a Lázaro "levántate y anda" y Lázaro se levanta y anda; cura a los leprosos, devuelve la vista a los ciegos, y, finalmente, se entrega a la oración, entre los blancos rosales de Getsemaní, para entregarse al sacrificio, y en la hora del martirio en el Gólgota, pronuncia palabras de perdón a sus verdugos:

—Perdona, Padre; porque no saben lo que hacen.

No sabían lo que hacían, ni lo sabrán nunca los verdugos que sacrifican al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Pero, hay una parábola más hermosa aún en la hora de su muerte.

Crucificado entre dos ladrones, Gestas, el mal ladrón, le dice:

—Tú, que eres todopoderoso, ¿por qué no bajas de esa cruz para salvarnos?

Dimas, el buen ladrón, le dice:

—Acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.

Y Jesús, con toda la convicción de su inmutable Eternidad:

—En verdad, te digo hoy estarás

conmigo en el paraíso.

Toda la naturaleza se rebela ante la crueldad de los hombres y desfoga sus furias en el monte del Calvario. La tierra se estremece y caen en torrentes las lluvias y el cielo se ilumina con grandes relámpagos, en protesta contra el sacrificio de la Divinidad. Pero, el sacrificio tiene que consumarse en beneficio de la humanidad y el mismo Cristo exclama:

—¡Consumatum est!

El sacrificio está consumado. Y la humanidad entra por nuevos derroteros bajo el calor perenne e inmutable del Evangelio del Amor. Jesús ha muerto, pero resucita al tercer día, para estar sentado a la diestra de Dios y ante el asombro de los fariseos y sus verdugos.

Presencia el drama inmortal y sublime, uno solo de los tres Reyes Magos, el Rey Baltazar, cuya indignación no tiene límites contra Herodes y Pilatos. Gaspar y Melchor no se hallan presentes, porque precedieron a Baltazar en su viaje hacia otro Belén, más hermoso e imperecedero.

Judas se ha ahorcado, buscando la muerte digna de un traidor. Traicionó al Maestro, por unos cuantos denarios.

Pero, los Reyes Magos viven aún y vivirán mientras la humanidad aliente las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad. Mientras la Fe en Cristo viva en la conciencia de la humanidad.

Yo los ví en mis años mozos y lejanos; los ví con los ojos de la imaginación acercarse a mi ventana donde colgaba mi cesto y los de mis hermanos. Les ví llenarlos con hermosos juguetes de fabrica-